

1) Comentario a

“Satori o la obtención de un nuevo punto visual” – Introducción al Budismo Zen, Daisetz T. Suzuki

El budismo Zen, expresa en el Satori su esencia y manifestación más acabada. Una experiencia intransferible es su punto de apoyo. Se aparta de toda especulación dualista, y se adentra en una percepción de corte interior, donde al destruirse la acumulación de datos, análisis o conceptos pre-concebidos, se nace a una nueva manifestación, a un modo de ser como fue en los orígenes. La mismidad de las cosas, de los acontecimientos, de la cotidianidad, se hace palpable ante esta revolución del espíritu.

Hay una libertad desmedida que permite centrar la experiencia, sólo en la percepción interior, un instante de plena lucidez. Se prescinde de Dios como origen, porque el origen está develado en la pureza de la experiencia.

El Satori no es un estado psíquico patológico, que debiera ser objeto de curación, es por el contrario un estado normal del espíritu. Tanto, que todas las causas, todas las condiciones previas del Satori, se hallan en la mente y sólo esperan la madurez.

Así, el Satori irrumpe en las raíces de la existencia, y su logro se caracteriza por un cambio de rumbo o crisis en la vida. Convierte al que lo experimenta en un hombre nuevo, con un nuevo punto visual.

2) Comentario a

“El pórtico de la meditación y de la vida” – Introducción al Budismo Zen, Daisetz T. Suzuki

Educar a un monje en el budismo Zen, supone implantar un lema en su vida: “un día sin trabajo es un día sin comida”, sabiduría de una concepción que tiene el trabajo como creación y santidad. El Zen, fiel heredero del budismo y del hinduismo, trata de acabar con el dualismo de cuerpo y alma, logrando en el Satori un punto de inflexión, que lo hace superar cualquier discriminación o determinación.

El Zen logra traducir en la vida práctica la experiencia vital, tanto que los monjes, formados por maestros largamente ejercitados en esta disciplina, se preparan mediante una vida sencilla, pobre y de trabajo a ser la contrapartida de un mundo que tiene en la posesión de los bienes, su modo de ser y actuar. No obstante, no es la ascética su último sentido, sino el sacar lo mejor de las cosas, sin desperdiciar nada, respondiendo con este sentimiento profundo al espíritu del budismo en general.

Su modo de vida, *disciplinado y regulado por una obediencia ciega*, los pone en sintonía con otras expresiones religiosas, como el cristianismo de épocas ya pasadas. Su religión es creación, porque su alma está cultivada para descubrir en el Satori la mismidad del Yo, en su forma más primigenia. Sólo así, pueden los monjes del Zen, hacer de su Zendó un pórtico de meditación y de vida. Si en todo el proceso del Zendó se tiene como objetivo poner de manifiesto la verdad del Zen, no hay inconveniente en someterse a un maestro, con confianza absoluta, para alcanzar “acción sin mérito”. Tanto, que hasta se prescinde de Dios, para no tener que rendir cuenta de su estado.

Esto lo diferencia del Cristianismo, pues consideran que en el Zen, una buena acción no deja vestigio de vanidad o altivez, ni mucho menos pensamientos de una recompensa, incluso por parte de Dios. En esto, la pobreza se hace relevante y se puede decir que el Zen es sólo un asunto de experiencia personal

Teresa María Gallardo OP.

